Nueva edición de

# ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS




HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

La Novela Sugestiva

# ROSA DE AMOR Y ROSA DE VICIO

por

AURELIO GARCÍA CARRERAS

Ilustraciones de
M E L

11

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

**LA NOVELA SUGESTIVA**

**DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.**

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

*Cela n'a duré tout au plus qu'une heure,*
*Et de ce Printemps qui s'est fait chez nous*
*Il ne reste rien que moi, qui demeure...*

ALBERT GLATIGNY



AIME recorrió el vallado de aloes de su hacienda y se detuvo, al fin, en la puerta. Ante él se extendía la duna blonda, dulcemente proclive hasta el mar. El horizonte turbio, velado por un vapor malva, limitaba el espacio visible a distancias desconocidas.

A un lado, Hammamet exponía los domos nevados de sus casas árabes, sombrados, a veces, por la espesa copa de un viejo algarrobo.

El joven se alejó de su propiedad, avanzando trabajosamente por la arena dorada que se hundía bajo sus pies. Por aquel paraje, ni un camino, ni una vereda. El viento nivelaba el suelo, destruyendo las colinas movibles.

Subía a la ciudad despacio, indolente, sabiendo que nada en ella le reclamaba. Estaba solo en medio de aquella campiña desnuda—algunos intentos de cultivo aquí y allá—. Ni un labriego, ni

un caminante. Sólo el silencio, turbado por el murmullo de las olas.

Se detuvo y balbució:

—Jeilah... ¿Volveré a verte algún día?

Y en el acto, como si su invocación hubiera sido atendida, distinguió a lo lejos una silueta imprecisa, casi irreal. Avivó el paso... Sí, era ella... Su corazón latió más fuerte y un profundo escalofrío le estremeció.

Sí, era Jeilah, la pequeña siríaca desterrada. Reconoció también a su lado al hermoso *sloughi,* el galgo que la acompañaba siempre. Era también aquel su jaique de nieve, y hasta veía centellear al sol las ajorcas de oro...

La llamó por su nombre. Ella se volvió... Sí, eran sus mismos grandes ojos negros, cercados de profundas ojeras; la misma boca sanguínea y húmeda, que se contraía en una sonrisa burlona sobre la línea lechosa de los dientes. Y oyó su risa, de cascabel de plata. Gruñó el perro. ¡Oh! No era un noble *sloughi,* sino un vulgar cabileño, de hocico de chacal. En el tobillo de la joven vió una anilla, sí, pero no de oro, como la de Jeilah, sino de metal corriente.

Le miró ella sin temor, sabiéndose invulnerable, a pesar de la soledad del sitio. Y se complajo excitándole, entornando lascivamente los ojos...

El perro ladró. La joven le hizo callar con un gesto brusco.



—¿Qué haces tú por las dunas todas las mañanas?—preguntó a Jaime.

Y él mintió inconscientemente, impulsado por la necesidad instintiva de conquistar mujeres, de halagarlas en su vanidad.

—Procurar encontrarte.

—Mientes.

El hizo un gesto de cómico estupor ante la agresiva insolencia de la muchacha.

—¿Tú sabes lo que me has dicho?

—Sí, que mientes.

—Está bien. Como quieras.

—Yo sé por qué vienes a las dunas.

—Dilo, si lo sabes.

—Por Jeilah, la hija del jerife.

Y en seguida, con torva intención:

—Pero pierdes el tiempo. Ya no está aquí... Se ha vuelto a su tierra... Lejos, muy lejos...

Como por arte de encantamiento, Jaime se desentendió del pasado. El presente le ofrecía una apetitosa realidad.

Y mintió de nuevo:

—¿Qué me importa? Sólo a ti buscaba.

—¡Bah! Los hombres no aman a una mujer, sino a la mujer... A todas las mujeres.

Jaime le cogió una mano—su blanca mano, de uñas carminadas de eneldo. Ella la retiró dulcemente y retrocedió.

—No me huyas. Soy rico. Mira mi propiedad. Será tuya si quieres...



*Pasó a manos de una negra*



Ella echó a correr, proponiéndole entre risotadas:

—Mi padre es Moktar, el alfarero. Háblale a él.

Corría ligera y graciosa. Sus pies desnudos se hundían en la fina arena. Jaime sintió un deseo invencible... Cómo corría... ¡Y cómo el sol era un suscitador tumultuoso de sensualidades!...

—¿Y Jeilah? Un sueño irrealizable...

Se elevaba del mar un olor áspero, y del suelo una cálida humedad, como un vaho de entrañas humanas... La arena, levantada por la brisa, revoloteaba en el aire, con centelleos de lentejuelas de oro...

Renunció a seguirla y volvió sobre sus pasos, de regreso hacia su propiedad. Un solo pensamiento turbaba su espíritu y atormentaba sus sentidos... ¡Acariciar un cuerpo de mujer!

Cuando franqueó la puerta de su dominio—tan grande era su excitación sensual—la convicción de un buen éxito cercano no era suficiente para apaciguarle.

Siguió el sendero que conducía a la casa. Sobre su cabeza, las ramas de los naranjos entrecruzaban su follaje, encendido por el resplandor de los racimos de oro. A derecha e izquierda las matas de rosales tendían sus tallos sinuosos y ofrecían las flores claras de pétalos estremecidos... Todo contribuía a henchir la atmósfera de un perfume enervador y voluptuoso...

—La deseo.

—¿Para casarte, sidi?

—Me da lo mismo.

El criado volvió a sonreír. Adivinaba en el capricho de su amo una fuente segura de ingresos.

—Va a ser un poco difícil, sidi... Pero por ti haré cuanto pueda. El viejo Moktar es ladino y ama el dinero sobre todas las cosas.

—No importa el dinero. Soy generoso. Tú lo sabes. Creo que puedo pagarme un capricho.

Daud no insistió, seguro de que le dejarían las manos libres para tratar aquel negocio insospechado.

* * *

Hacía un tiempo hermoso. Corrían los últimos días de marzo. La meridiana era una hora cálida, pero todavía perfectamente soportable.

Entró Jaime en el comedor. Cubría las altas paredes enjalbegadas, hasta la mitad, un brillante zócalo de dibujos ingenuos. Orientado hacia la Meca, se abría un pequeño recinto con un gran ventanal, en donde los antiguos propietarios de la finca hacían sus oraciones, la mirada perdida hacia la Ciudad Santa...

El mobiliario había sido adquirido por Jaime. La mesa era de ónice y los sillones de ébano, con incrustaciones a la manera india. Amplios divanes se extendían a lo largo de los muros, de los que



colgaban armas orientales, sin orden ni simetría.

Jaime se sentó a la mesa y llamó golpeando un vaso con el cuchillo. Respondiendo a la llamada entró una vieja. Traía una amplia fuente humeante y la depositó sobre la mesa con unción de rito.

—Buenos días, Fátima. ¿Cómo te ha salido el almuerzo?

La vieja levantó los brazos en un gesto admirativo.

—Si quiere Alah, quedarás satisfecho...

No podía quejarse el amo, como de costumbre. Fátima había servido a una familia de funcionarios franceses, con la que adquirió algunos rudimentos de la cocina europea. Uniendo a ésta alguna que otra fórmula árabe, había llegado a ciertas «realizaciones» culinarias de una originalidad sorprendente.

Mientras comía, soñaba Jaime con la pequeña Jeilah, la princesita siria, sólo una mañana entrevista y luego perseguida inútilmente. Cerraba los ojos y la veía aún, con su andar ágil y felino, tintineando las ajorcas en las gargantas de sus pies...

Indudablemente, era su recuerdo lo que le inspiraba aquella sed ardiente de caricias.

Jeilah era el sueño, la ilusión fugitiva y turbadora, jamás realizada...

—¡Bah! Tengo treinta años—se dijo—. Me queda la esperanza por lo menos... De momento, tengo a la hija de Moktar. Su belleza tampoco es desdeñable...



En tanto que Jaime se entregaba a la pereza de sus ensoñaciones, Daud ocupábase de llevar a buen término la delicada misión que se le había confiado.

Conocedor del terreno, poco tardó en salvar la distancia entre «El Naranjal» y Hammamet. Ya en la ciudad, contestaba un poco desdeñosamente a los saludos de los que se cruzaban en su camino. Le respetaban, porque iba bien vestido. Su albornoz era de paño azul con manchas negras. Deslumbraba la blancura de su pantalón afollado... Y, sobre todo, ganaba cuatro piastras semanales en casa del rumi que había comprado «El Naranjal» centenario de los Ben Aied.

Daud entró en la tienda del alfarero y se sentó en una esterilla. Sacó un paquete de tabaco y lió un cigarrillo.

Para no comprometerse por una impaciencia desmesurada, aseguró indiferente:

—Si no llueve, mala va a ser este año la cosecha de habas.

Moktar aprobó con un movimiento de cabeza, y así, por espacio de una hora, estuvieron hablando de temas diferentes.

Al cabo, Daud se levantó, se calzó las babuchas y se dispuso a partir.

Ya en la puerta, como quien se acuerda de pronto:

—El sidi está dispuesto a casarse con tu hija.

El alfarero daba los últimos toques a una alcarraza. Impasible siguió dando vueltas al torno vertical. Luego, apaciblemente, exclamó:

—Alah es grande. Mi hija no será nunca de un infiel.

Daud se encogió de hombros.

—Como quieras. El sidi daría por ella ciento cincuenta piastras. Adiós.

Se marchó, en efecto. Moktar dejó la alcarraza sobre sus rodillas y contempló a Daud alejándose. Ya iba a llamarle cuando se volvió el otro.

—El sidi ha visto a otras dos muchachas y duda entre ellas y tu hija.

Moktar no le creyó. Pero ¿y si por la más rara de las casualidades no mentía? Con un embustero no se está nunca seguro. Lo mejor sería defenderse con las mismas armas.

—Salem Ben Ahmed quiere casarse con Manubia, y él, por lo menos, es un buen musulmán.



—Bueno, bueno... Me voy entonces. Ya lo sabes. El sidi daría ciento cincuenta piastras.

El alfarero se estremeció. Sin embargo, no perdió su aparente placidez.

—Si llegara a las doscientas piastras quizás me decidiera. Soy tan pobre...

—Trato hecho.

Se dieron la mano. Daud retuvo la de su amigo entre las suyas.

—¿Y a mí? ¿Cuánto me darás tú?

El otro dió un salto, no de sorpresa, que bien se esperaba la pregunta, sino para terminar dando lo menos posible. Después de una discusión de media hora accedió a pagar veinte piastras por el corretaje.

No había que hablar más. La frágil Manubia pertenecía desde aquel instante al rumí, lo suficientemente rico para desembolsar mil francos de una vez.

* * *

De vuelta a «El Naranjal», encontró a Jaime en el jardín, que le preguntó impaciente:

—¿Qué? ¿Y tu comisión?

—Ya está hecha, sidi. Pero no sabes lo que he tenido que luchar con el padre. Ese Moktar es maligno como un ave de rapiña.

Jaime, ajeno a aquella mezquina astucia orien-

tal, le creyó ingenuamente y le ofreció una recompensa.

El criado se fué a la cocina frotándose las manos de contento. La vieja Fátima le sirvió un almuerzo magno que él roció con un litro de vino. El profeta, indudablemente, prohibía el uso de las bebidas fermentadas, pero se le había olvidado precisar si la prohibición subsistía aun cuando fuera un rumí el que pagara el gasto...





OKTAR se encaró ante todo con su hija, la principal interesada.

—Vas a casarte con el rumí de «El Naranjal».

Manubia sonrió dulcemente. El porvenir no la asustaba.

Ella deseaba un hombre... Del rumí podía esperar ricos vestidos y alhajas. Según ella, todos los franceses eran ricos.

Después, el alfarero se lo comunicó a su mujer.

—Nuestra hija se casa con el rumi de «El Naranjal».

—¡Alah es grande! ¿Buen negocio?

—No puedo quejarme. Ahora voy a ver al caid.

Y se marchó, haciendo resonar las babuchas sobre el duro suelo.

Por la calle detenía a sus amigos para darles la noticia.

—¿No sabes? Doy mi hija al rumí de «El Naranjal».

Los oyentes levantaban los brazos al cielo.

—¡Pero si es un infiel!

—Es verdad.

—¿Cómo, entonces?

—Me da cuatrocientas piastras.

Y seguía su camino guiñando marrulleramente.

Algunos decían:

—Al fin y al cabo, si le pagan bien... Claro que no hay que pensar que le dé cuatrocientos duros...

Algunos viejos escupían en señal de desprecio.

—¡Alah es grande! ¡Alah es grande!

Moktar encontró al caid fumando en su narguilé.

Le bastó al caid una mirada para juzgar al visitante.

—Este no sale de aquí sin pagar un justo tributo al poder establecido—se dijo para su capote.

—¡Que Alah te guarde!—le saludó Moktar.

El alfarero hubiera preferido empezar hablando de la lluvia, de la cosecha próxima... Pero el caid le atajó.

—Moktar, no malgastes mi tiempo. Dime qué te ha traído a mi casa.

—Voy a casar a mi hija Manubia con el francés de «El Naranjal».

—Buenas piastras vas a ganarte.

—No, sidi.



—Acabemos. ¿Cuánto da el rumí?

El alfarero dobló el espinazo. Su vieja chilaba de pelo de camello temblaba alrededor de sus piernas flacas.

—Señor, soy pobre, muy pobre. He tenido que aceptar sesenta piastras.

El caid estaba convencido de que mentía; pero no sabía en cuanto. Y así, a lo que saliera, pidió como pago de su trabajo el tercio de lo que percibiera del otro.

Moktar respiró y se marchó satisfecho, seguro de haber engañado al poderoso caid, nombrado por la Administración francesa.

Se había fijado la ceremonia para el día siguiente, pues padre y caid tenían prisa en coger el dinero.

Al volver a su casa, renunció Moktar al trabajo por el resto del día, juzgando haber ganado ya lo suficiente desde la mañana.

Su mujer preparaba para la novia una camisa nueva y un pantalón limpio. No necesitaba más, seguramente. Luego, el rumí le compraría todo lo que se le antojara.

—Nuestra hija—le dijo Moktar—se desposará mañana. Lo he acordado con el caid.

—¿Mañana?... ¡Por Alah! Manubia... ¡Manubia!

Y cuando acudió la hija:

—Mañana serás la esposa del rumí. ¡Vamos al hamman! ¡Vamos al hamman inmediatamente!

En verdad, poco tiempo quedaba para desengrasar a la novia en el hamman o baño público. Algunos años hacía que no se lavaba la infeliz. Pero el profeta no habla de abluciones sino a propósito de los hombres.

Manubia entró primero en el baño de vapor. Después de haber traspirado abundantemente, pasó a manos de una negra de puños robustos, la cual se encargó de friccionarla. Siguieron el baño de agua y la depilación minuciosa.

Temblorosa y languidecente, Manubia volvió a su casa y se dejó caer en una alfombra. Tan rendida estaba que aquel día no volvió a levantarse. Y no era solamente la fatiga física... Era una dulce voluptuosidad que le hacía desear ardientemente la llegada del día siguiente para descubrir, al fin, en la práctica, los misterios del amor. Pensando en el rumí, no podía negar que su tipo de hombre le gustaba, más que por su apariencia varonil, por lo que había en su aspecto de refinado, de sutil...

—Dicen que los europeos—pensaba—son menos ardientes que los árabes; pero, en cambio, saben de caricias que nosotros no podemos imaginar.

Abrumada por las fricciones de la negra y arrullada por esta dulzura de sus pensamientos, la pequeña Manubia se quedó dormida.

* * *



Daud llegó por la noche.

—Toma este dinero de parte del rumí...

—No es esto lo tratado—protestó Moktar.

—Este dinero no es más que para los gastos de la boda.

Moktar aceptó lo que le daban, no sin sospechar, y con razón, que buena parte de lo que le había dado el amo guardaríaselo el criado.

—Sí, sí, la boda será mañana—se lamentó el alfarero—. Pero el caid, ¡Dios le confunda!, me ha pedido demasiado por su intervención. Dile a tu amo que no me dé nada delante del caid, que sería capaz de quedarse con todo...





la mañana siguiente, Marisa, la fiel esposa del alfarero, con ayuda de unas cuantas comadres de la vecindad, confeccionó un cus-cús monstruo y cientos de pasteles de aceite y miel, suprema golosina.

Moktar, luciendo su jaique nuevo de lana blanca, recogió sus babuchas amarillas, subió a su asno y se dirigió a casa del caid. Este le esperaba; pero antes de entrar en materia le reclamó el pago acordado la víspera. Una vez convencido de que no iba a actuar de balde, ordenó que le trajeran su mejor caballo, ajaezado con la magnífica silla de cuero amarillo bordada en oro y sus tirantes de plata labrada.

Quería demostrar al rumí que él era también una persona de calidad, puesto que era rico. Hasta se hizo acompañar de un *spahi* armado con un

enorme sable, lo que significa en el país un signo inequívoco de autoridad.

El pequeño cortejo partió en seguida, en línea de a uno. El borriquillo rivalizaba en ardor con los dos caballos.

—¡Bendito sea Dios! Ya los tengo ahí—exclamó Jaime al verlos llegar.

Después de los saludos de rúbrica, preguntó el francés:

—¿Decidme, en qué han de consistir las formalidades de la boda?

El caid creyó llegado el momento de poner de relieve la importancia de sus funciones.

—Resulta, sidi, que el caso de una boda entre una creyente y un infiel no está previsto en el libro del profeta. Pero estoy yo aquí, y basta que escuche de tus labios de francés tu palabra de querer por esposa a Manubia, hija de Moktar, el alfarero, para que la ceremonia pueda ser considerada de una validez por todos conceptos indiscutible.

Jaime, en verdad, no concedía a nada de aquello una excesiva importancia. Lo único que le interesaba era poseer a Manubia cuanto antes.

Al quedarse solo se fué a inspeccionar por sí mismo la instalación de la alcoba. Había imaginado algo encantador y pintoresco. La cama era un ancho diván, cubierto de amplios y profundos almohadones. En el suelo, de mármol blanco, hizo extender una gruesa y tupida alfombra de Gafsa,



de violentos colores. En las cuatro esquinas de la estancia se erigían sobre airosos pedestales de madera esbeltos jarrones con plantas de un perfume enervador.

Del centro de la bóveda colgaba, pendiente de una cadena de acero, una gran lámpara de cobre y cristales azules. Unas butacas de madera dorada, también, como el diván, abrumadas de cojines de seda, completaban el mobiliario.

Ese sería el templo de las misteriosas voluptuosidades que soñaba gozar con Manubia, la menuda esposa. ¿Aspiraba él, realmente, a serle agradable al dedicar toda su atención a aquellos preparativos minuciosos? No, era su propio sueño, sobre todas las cosas, lo que él acariciaba. Era su egoísmo de varón lo que lisonjeaba con ello. Manubia no sería más que el instrumento de su propia satisfacción.





FESTEJÁBASE alegremente en Hammamet aquel negocio inesperado. Se había enviado al caid un cuarto de cordero, rodeado de cos-cús y legumbres. Los otros tres cuartos se sirvieron a los cuarenta invitados que ocupaban varias habitaciones en la casa de Moktar.

Nadie hablaba a Manubia del trance fatal que la aguardaba. Tampoco se inquietaba mucho de ello, pues que se consideraba al corriente de los juegos de amor. Muchas veces, en la promiscuidad del hogar exiguo, había oído unirse a sus padres, y algunas había tenido una visión directa de los amorosos paternales encuentros. Y recordándolos sentía impaciencia por poner en práctica un conocimiento teórico tan concienzudamente aprendido.

Le atraía el rumí... Le deseaba, sobre todo por curiosidad. De cierto, no tendría, como su

padre, un fuerte torso broncíneo. Sería blanco, delicado, y de una piel finísima... Esta sola idea la impulsaba a desperezos voluptuosos.

Oscurecía. Todos salieron a la puerta a despedir a Manubia. Entre gritos y risas la montaron en un manso pollino. Detrás de la novia, iba la madre, acompañada de tres matronas que debían confortarla en aquella difícil coyuntura. ¿No sorprendería a todos Manubia con una revelación inesperada acerca de su virginidad?

A lomos de su dócil y paciente cabalgadura, la novia pensaba en la felicidad de dos seres en el mismo lecho. Sus elucubraciones no iban más allá. Ni su preocupación. Estaba segura de que los escasos minutos de martirio físico pasarían pronto para dejar paso al torrente del placer.

Jaime esperaba a su esposa en la terraza. Llevándola de la mano le enseñó detenidamente la que sería su nueva morada desde aquel instante.

Por último, entraron en la alcoba. Manubia no pudo resistir un grito de admiración y contento. Aspirando el intenso perfume de las flores, palpitaron las aletas de su nariz, se colorearon sus mejillas y sus ojos se incendiaron de deseo.

Jaime empezó a desnudarla. Y, de intento, lenta, morosamente. Ella no comprendió que aquella lentitud significaba una galantería y le ayudó en la tarea. Quizás también porque estaba impaciente... Quería quedar desnuda cuanto antes, para que él la admirase en la plenitud de su belleza.



*La montaron en un manso pollino*

Ni sentía rubor por su desnudez, que ella sabía atrayente.

Despojada de la camisa, brotaron los senos firmes y duros, y el vientre terso, depilado una vez más aquella misma mañana.

Quedó inmóvil, las manos cruzadas sobre la nuca, los ojos semicerrados, en los labios una sonrisa temerosa... Jaime señoreaba sus sentidos. No se cansaba de admirar aquel ingenuo impudor y aquel milagro de fragilidad.

La llevó al lecho. La cabellera, suelta, extendíase como un manto sobre la almohada. Como una chiquilla, esperaba al esposo diableando, pueril mente, con los juguetes de sus pies.

Tardaba él demasiado, según la impaciencia de la novia. Le hubiera llamado... Pero ella no era más que una esclava y no se atrevía a tener voluntad propia. Por fin, se le acercó él, despacio, amable, cariñoso... En el instante supremo, Manubia frunció el entrecejo, cerró los ojos y se mordió los labios para no gritar...

* * *

Entretanto, la madre, sentada en el último peldaño de la escalinata, comunicaba su inquietud a sus amigas.

—¡Con tal de que el sidi tenga pruebas indudables de la virginidad de Manubia!... Si no, nos



devolvería a nuestra hija y nosotros tendríamos que devolverle su dinero.

Las dos viejas matronas procuraban confortarla en el trance.

—¡Oh, no digas!... Manubia ha sidò siempre una muchacha juiciosa. No ha guardado rebaños... No hay que temer.

—No sé... No sé... Con las hijas nunca sabe una... Son tan ingratas y olvidan tan fácilmente lo que su prudencia puede proporcionar a sus padres...

Afortunadamente, en las sábanas habían florecido las rosas esperadas, por cierto con un raro orgullo por parte del esposo. Difícil le hubiera sido explicarlo. Era como una manifestación subconsciente de refinada crueldad, de complacencia ante las muestras del martirio...

Jaime la alzó en sus brazos y la llevó hasta el ventanal, de par en par abierto, como ofreciéndola a la sagrada serenidad de la noche. Manubia rompió el silencio augusto con la cascada estrepitosa de su risa. Le respondieron unos chillidos de alborozo... Las viejas habían comprendido el buen éxito que, al fin, coronaba todas sus justas ilusiones.



L despertarse aquella mañana, Manubia, como de costumbre, se encontró sola en el gran lecho blanco. Como de costumbre... Es decir, desde el breve espacio de tiempo de que databa su boda.

Las flores agonizaban en los vasos y los pétalos caían revoloteando en el frío pavimento. Los dardos del sol filtrábanse en la estancia a través de la verde celosía.

Manubia recordaba las caricias de la noche y sentíase palpitante de un pueril alborozo. Saltó del lecho, se vistió con una ligera túnica de seda, calzó unas sandalias y bajó al jardín. El sol y el aire puro la embriagaron, infundiéndole una necesidad apremiante de movimiento y expansión.

Se descalzó y echó a correr bajo la copa frondosa de los naranjos, entre un glorioso repique-

tear de sus ajorcas de oro... Corría desalentada, ebria de libertad y ventura.

De pronto se detuvo, levantó el brazo y arrancó una naranja. La mordió glotonamente y succionó el jugo. En otra avenida cortó unos geranios y los clavó en la mata espesa de sus cabellos. Más allá se detuvo ante el estanque y se contempló en el agua clara. Para asegurarse más de su belleza, entreabrió la túnica. Su mirada se hizo escrutadora, como buscando en la imagen de su cuerpo las huellas de las caricias de la noche.

Volvió bajo los árboles, se tendió en la hierba húmeda y se revolcó en ella con una satisfacción salvaje... Era feliz porque sabía hacer feliz al esposo, al hombre que la había escogido entre todas las mujeres... Y para ella hacer feliz a un hombre era, sencillamente, una cuestión de sensualidad.

Y aquel parque inmenso era también suyo, de ella, que en su vida había sido dueña de nada.

—¡Mío! ¡Mío! ¡Mío!—repetíase para cerciorarse de la verdad de su ventura.

Y era verdad. Jaime le había dicho:

—Todo lo que poseo es tuyo, y todo lo que posea con el tiempo será tuyo también.

Y ella lo había creído, sabiéndose joven, bella y lasciva.

* * *



Vió a Jaime bajo un moral, perezosamente tendido en una hamaca.

Corrió hacia él con un grito de alegría.

—¡Esposo mío! ¿Me dejas que acaricie tus manos?

El se las tendió y Manubia cayó de rodillas para besárselas humildemente, como una esclava.

—¿En qué piensas?—le preguntó.

—No sé... En nada...

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—No te canses por mí... Mi mayor placer es verte a ti gozar.

—¿No eres ardiente?

—Lo soy. Pero mi placer no me interesa.

—¿Sólo el mío?

—¿No lo sabes? Soy tu mujer... Soy tu esclava.

Jaime hubiera querido abrazarla, estrecharla contra su corazón. Pero una laxitud indecible se lo impedía.

—Después de todo, ¿para qué? ¿Para qué violentarme?—pensaba.

Su afecto por la musulmana había sido siempre algo muy superficial. Al correr de los días se daba cuenta exacta de que Manubia no sería capaz de arrancarle a su profunda tristeza injustificada, a su terrible desgana de todo... Sólo la lujuria le había arrojado en sus brazos. Aparte los animales acoplamientos, no tenía otro fin su vínculo for-

tuito con la mora. No. Nada de inquietudes ni complicaciones sentimentales...

—Vamos—propuso él levantándose—. Es hora de almorzar. Ven... Dame un beso.

Manubia, felina, rozó su cuerpo calinamente con el del amado, la cabeza hacia atrás, el talle erguido.

Se fueron hacia la casa, ella colgada de su brazo, saltarina y feliz, sin reclamar otra cosa que permanecer a su lado y amarle en silencio.

Aquella tarde sufrió Manubia su primera desilusión... Se había ofrecido a él quizás con más deseo, con más ímpetu que nunca, mordida en lo profundo de su ser por el áspid del deseo. Sus ojos brillaban con un dulzor de amorosa súplica.

Se había sentado Jaime en el diván y había sentado a Manubia en sus rodillas. Acarició su cuerpo, del que se desprendía un intenso olor a carne joven, perfume que tanto enervaba como enloquecía.

Ella se estremeció, su respiración se hizo más corta y frecuente... Los senos temblaron nerviosos.

Pequeña Eva habilísima, pudo gozar orgullosa la victoria de sus encantos sobre el sofá sedoso, las manos bajo la nuca, los pies juntos... La hizo suya él; pero sin el fuego, sin el loco entusiasmo vital de los primeros días. Indudablemente, empezaba a habituarse a aquella sumisión tranquila y silenciosa. A fuerza de entrega humilde, Jaime tenía la sensación de que se le ofrecía un



bello cuerpo de mujer por la sencilla razón de que tenía a él un perfectísimo derecho.

* * *

Salió a la terraza y encendió un cigarrillo. Ahora, ahito la sensualidad, se desinteresó de la menuda hurí. Verdaderamente... el acto carnal era siempre el mismo, el mismo, monótono, casi intolerable... ¿Llegaría en su fastidio a reprochar esta monotonía a la dulce esposa? ¡Oh, todo se reducía a un choque brutal de unos segundos! ¡Un átomo de placer junto a la inmensidad del deleite imaginado! El había soñado con cópulas maravillosas en las que dos seres vibraban con estremecimientos de locura. Y él sólo hallaba entre los brazos de su esposa y esclava un placer carnal de todos los días, sin novedades ni sorpresas, un goce vulgar, efímero, despreciable...





H, qué pereza enervadora! Estás perdido, Jaime, estás perdido. Sólo, muy de tarde en tarde, un repentino despertar de tus energías, y aun eso... para desear imposibles. Manubia... Manubia... Algo demasiado sumiso... No, después de todo, respecto a ella, no tengo nada que reprocharme. La atiendo como a una reina. Tiene vestidos, alhajas... La envidian todas las mujeres del poblado. ¿Qué más puede exigirme?

Tales eran las ideas de Jaime sobre sí mismo y sobre su vida. No podía comprender que Manubia solicitara también un poco de ternura... Confundía el sentimiento con el sentimentalismo, y éste, naturalmente, parecíale ridículo y pueril.

Los días deslizábanse regulares y monótonos, tan exentos de cuidado como de sorpresas extraordinarias. Manubia se amoldaba al genio del amo,

adquiriendo sus gustos y sus inclinaciones. Todo inútil. Los amorosos enlaces se espaciaban más y más, por juzgarlos él de una uniformidad desesperante. El acto era el mismo siempre, pese a la variedad de los preparativos y a la fantasía desarrollada al imaginarlo.

Y en tanto, Manubia se desesperaba por complacer al esposo. De nada servía que ella no se reservara el más mínimo goce, sacrificándose instintivamente por una necesidad natural de abnegación. Y sufría en silencio aquella frialdad incomprensible. ¿Y qué hacer? Los besos y las caricias eran para ella la única prueba tangible del afecto de un hombre. Por eso, después de las cada vez más espaciadas y diferidas noches de amor, se sentía más vinculada al hombre que se había estremecido de placer entre sus brazos.

En su ingenuidad, atribuía el alejamiento de Jaime a su propia inexperiencia, sin sospechar que el cuitado era víctima de su propia imaginación. ¿Qué sabía ella del feroz egoísmo del macho que desdeña los goces puros del sentimiento para correr tras un deleite físico de unos segundos?

Menos mal que Jaime procuraba disimular la terrible desilusión de su carne empecatada. Para ella seguía siendo cortés, amable, generoso, amparándola inalterablemente con su bondad protectora. Manubia poseía vestidos y joyas que le atraían la envidia de las mujeres de Hammanet.

Por ello, cuando Jaime subía al poblado, las



muchachas le miraban voluptuosamente, como si se le ofrecieran en la llama prometedora de sus ojos de terciopelo.

Los hombres le saludaban con respeto, llevándose la diestra al corazón. Las casadas, en las callejas silenciosas, le descubrían la punta del seno por la abertura de las túnicas flotantes. Pero él pasaba, insensible a todas las tentaciones, ahito de lujuria sencilla y brava, la única que podían ofrecerle aquellas ardientes hembras de Hammanet...

* * *

Entretanto acababa la primavera. El calor secaba la tierra y marchitaba las flores, que abandonaban al viento sus últimos granos fecundantes. La arena empalidecía, perdido el oro oscuro que le prestaba la humedad.

Los asaltos de amor habían llegado a ser para los esposos como la producción de un fenómeno extraordinario. Cuando Jaime acudía a los brazos de su compañera, respondía a un deseo súbito, revelada la carne contra una continencia excesiva. Entonces, el amor era algo puramente animal, sin una ternura, sin un rasgo sutil que lo desvulgarizase.

Un día, por el sólo placer de mortificarla, le preguntó Jaime:

—¿No me quieres ya?

Manubia se exaltó repentinamente alborozada, creyendo el mal intencionado reproche un pretexto para buscar una respuesta halagadora.

—¡Oh, mi amo, mi esposo, mi señor!

El insistió, cruel e implacable.

—No, en serio, Manubia, ¿no me quieres ya?

—No te entiendo. ¿Qué has visto en mí que pueda hacértelo sospechar solamente?

—No lo niegues. Ya no gozas en mis brazos. Mis caricias te dejan impasible. Niégalo.

—¿Tus caricias? Hace mucho tiempo que soy yo la única que acaricio.

—¿De qué te quejas?

—De nada, esposo mío. En todo caso, de que no me deseas.

El diálogo, perversamente provocado por él, acabó de malhumorarle. Manubia, desde entonces, previó la desunión completa. ¿Cómo hacerle reaccionar? ¿Cómo lograr su reconquista?

Asustado de sí mismo, de aquella complacencia morbosa en hacer sufrir a la pobre esclava, y de aquella abolición de todo deseo, de toda voluntad actuante, comprendiendo que todo era la resultante de una terrible depresión nerviosa, Jaime imaginó distraerse emprendiendo ciertos trabajos de cultivo.

Daud los dirigía, mientras los obreros extirpaban las hierbas secas y trazaban atarjeas por donde el agua clara y sonora correría durante los rigores estivales.



Deshojábanse las últimas rosas, desnudando los tallos espinosos, de un verde oscuro. En cambio, las violetas abrían tímidamente sus cálices a la sombra apacible de los naranjos.

A lo lejos, el murmullo perpetuo del mar era como una sugerencia de vida y esperanza...

Pero Jaime, irremediablemente desesperanzado, no sabía interpretar su profundo sentido...





ARISA se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Por Alah, hija mía, ¿qué haces aquí?

Manubia se arrojó en brazos de su madre y se echó a llorar.

—¡No me quiere, madre mía! ¡El rumí no me quiere!

Marisa no comprendía, no podía comprender las pretensiones absurdas de su hija.

—¿Que no te quiere el rumí? Pero eso es lo mismo. Te ha comprado por esposa. No se ha comprometido a quererte. Ya debiste suponer que el europeo no iba a enamorarse de ti. Esos hombres no se enamoran más que de las mujeres de su raza.

Tampoco comprendía Manubia a su madre. ¿El europeo no tenía por qué enamorarse de ella? En-

tonces, ¿por qué la compró? Si no apetecía su cuerpo, ¿por qué la compró? Y era que en sus reflexiones elementales, Manubia vinculaba toda posibilidad de amor a los encantos y esplendores de la carne.

—No me quiere porque ya no me desea. Ya no le parezco hermosa.

Habló entonces del desvío del rumí. De su aspecto de desilusión, de cansancio. Para distraerse se había entregado a una nueva aventura. Este era el último infausto suceso con que Dios la había castigado.

Hacía un mes que habían llegado dos extranjeros a «El Naranjal». Un matrimonio. Viejo él. Ella, joven y bella.

—Apenas la vi, comprendí que mi señor tenía que prendarse de la cristiana. ¡Es tan hermosa!... Y ya se aman. Y no se ocultan de mí. Les da lo mismo. Yo no les importo nada.

Marisa continuó su rosario de consuelos banales. En realidad, toda aquella historia le importaba muy poco. Una hija casada, para ella era como un fruto maduro desprendido del ramo. Sin contar las consecuencias de una actitud de enojo por parte del rumí.

—Sobre todo, no le disgustes hasta el punto que vaya al caid a pedir la separación. Y, con la separación, el dinero que nos dió cuando la boda.

* * *



*Quería quedar desnuda cuanto antes*

He aquí todo el alivio y confortación que dedujo Manubia de la visita a su casa. De vuelta a «El Naranjal» encontró en el jardín a Isabel y a Jaime ante una mesita de mimbre con licores y refrescos. Pasó de largo por una avenida paralela. Jaime no dijo nada. Isabel profirió algo que la mora no pudo oír. Finalmente, prorrumpió en una risa forzada.

En efecto, habían visitado a Jaime los esposos Corneille. El era funcionario de la Administración francesa: inspector de impuestos en un distrito del interior argelino. Ella, Isabel, una bellísima rubia, hallaba muy soportables la vejez y caducidad del esposo, pues que se resarcía con su tenaz avidez poliándrica. El viejo, por su parte, no se preocupaba por modo excesivo de las inquietudes sensuales de la esposa ni de las patentes consecuencias minotáuricas que pudieran acarrearle. Había encontrado en el whisky el gran consuelo para toda desdicha humana. Sumergido en el glorioso abismo de su embriaguez constante, el universo entero le tenía sin cuidado.

Isabel vió a Manubia entrar en la casa.

—¡Pero es increíble, Jaime!—exclamó.

—Increíble, ¿qué?

—¿Cómo se te ha ocurrido casarte con esa morita?

—Estaba tan solo...

—Naturalmente. Haces una vida absurda.

Jaime explicó. Había vivido hasta hacía un año



en Argel, profundamente interesado en el tipismo de la vida local.

—Yo lo comprendo. Me aburre, me fastidia todo. Lo peor que pudo hacer conmigo mi padre fué dejarme tanto dinero. No sé qué hacer con él. Cansado de la vida de París, los nervios deshechos, me fuí a Argel con la ilusión de que su vida pintoresca lograría distraerme. Al año de vivir en Argel me propusieron la compra de esta finca, con su viejo palacio árabe. ¿Quieres creer que lo que más me encantó de ella fué su soledad en medio de estos arenales? En resumen: un capricho... Quizás un capricho insensato.

—Y aquí, como es natural, te aburres más que en ninguna otra parte.

—Es mi única ocupación, quizás mi sola y exclusiva obligación en este mundo: aburrirme.

—Trabaja. Piensa en algo. Haz arte o la ilusión de que lo haces.

—No, no. Ni sé hacer nada ni quiero hacer el menor esfuerzo para aprender algo.

—Escribe tus memorias. Siempre es una distracción.

—¿Literatura? No. Prefiero leerla.

—Eso eres: un envenenado de literatura. Un señorito rico y holgazán que se muere de neurastenia. Por eso, sin saber lo que hacías, te has casado con esa indígena. Supongo que este matrimonio no te compromete a nada.

—A nada en absoluto. Más que matrimonio ha

sido un contrato de compra. Un negocio para el padre y unas cuantas piastras para el caid.

—¿No habrás firmado ningún documento?

—Ninguno. El caid me preguntó si quería por esposa a Manubia, hija de Moktar, el alfarero, y ahí acabó toda la ceremonia.

—¿Crees haber cautivado el corazón de esa criatura?

—Es muy posible.

—¡Vanidoso!

—¿Por qué? De todos los seres que ella ha conocido soy yo el que la trata mejor. Aunque sólo sea por gratitud...

—Hablas de ella casi con ternura. Sería muy divertido que, al final, te hubieras enamorado.

Riendo se levantó.

—¿Dónde vas?

—No sé. Lo importante es dejarte solo. Solo con ella... No quiero ser cruel con esa pobre criatura.

No quería ser cruel con Manubia y no podía serlo más. Era una complacencia enfermiza en humillarla... ¿Lo mismo que Manubia de ella, tendría ella celos de Manubia?

—No, no—reflexionaba Jaime—. Se tienen celos cuando se ama. E Isabel no quiere a nadie. Se quiere a sí misma sobre todas las cosas. Se limita a cultivar su vicio de mujer insaciable. ¿Qué le importo yo sino como ejecutor de todos sus ensueños de lujuria? Es decir... De todos, no.



Porque yo seré un pobre enfermo de la voluntad; pero yo no soy un monstruo... Y un monstruo se necesita ser para calmar la lascivia de esa desgraciada.

Como todos los servidores de una lujuria abominable, Jaime sentía un gran desprecio por la mujer o demonio que se la inspiraba...





ERAN las tres de la tarde. A las cuatro, los esposos Coneille debían partir para Orán, desde donde seguirían el viaje por ferrocarril hasta el punto en que el marido estaba destinado.

Después de almorzar, Jaime propuso a Isabel:

—No me abandones tan pronto. Quédate unos días más.

Ella le invitó a ser razonable. Era imposible permanecer ni un día más. El sustituto de su marido había caído enfermo y la inspección había quedado sin jefatura.

De pronto, propuso ella:

—Una idea. ¿Por qué no nos acompañas hasta Orán? Podemos despedirnos de una manera inolvidable.

—¿En dónde?

—En casa de Raquel Roth, una amiga mía. Es

periodista. Redactora de uno de los diarios locales. Vive sola, sola en una casa que es como una síntesis de su fantasía enfermiza.

El insinuó una sospecha sobre el frecuente equívoco de las mujeres que viven solas...

—Te engañas. Raquel vive sola, como un hombre, como un soltero. Y, realmente, hace vida de soltero. Lleva a su casa a los hombres que le placen y los despide bonitamente *quand elle en a assez*. No seas malicioso. Yo te aseguro que no le gustan las mujeres.

—¿Y vas a pedirle...?

—Que nos deje pasar unas horas en su casa.

—No será la primera vez que te hace ese favor.

—Indudablemente. Nunca te he dicho que, entregándome a ti, te entregaba una virtud.

¿El marido de Isabel? Sería absurdo sólo pensar que podía constituir un obstáculo.

—Le diré que me espere en cualquier sitio. Con tal de que le dejen beber a sus anchas se dará por muy satisfecho.

Jaime pensaba en todos los obstáculos menos en Manubia. La pobre esclava no era un factor en sus cálculos.

Resuelto el viaje, no había más que emprender la marcha.

Manubia se enteró de que Jaime partía con sus amigos minutos antes de la partida.

—¿Te vas con ellos?—le preguntó, los ojos velados en lágrimas.



—Sí. Pero yo regreso esta misma noche.

Manubia se arrojó a su cuello.

—¡No! ¡No! Me engañas. Te vas para no volver. Me abandonas.

El se echó a reír.

—Te abandono, ¿verdad? Y contigo, esta finca y todos mis intereses en Hammamet. A fuerza de ser absurda, eres deliciosa.

Pero Manubia, de pronto, dejó de llorar para ponerse súbitamente seria.

—¡No quiero que te vayas con esa mujer, con esa odiosa mujer!

El empezó a impacientarse.

—Haré, como de costumbre, lo que me plazca.

Manubia volvió a suplicar.

—¡Yo te ruego, esposo mío, que no te vayas con esa mujer! Y menos, hoy.

—¿Y menos, hoy? ¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo. Hoy me siento como maldecida. ¡Y más abandonada que nunca! ¡No me dejes!

Jaime juzgó excesivas sus propias contemplaciones con la esclava. Se libró violentamente de sus brazos y echó a correr hacia la portada, ante la cual el motor del automóvil que le esperaba parecía rugir de impaciencia.

—¿Qué te pasaba?—le preguntó Isabel haciéndole sitio a su lado.

Y burlona:

—¿La dulce esposa que te retenía en la cadena de sus brazos?

El paciente marido se había instalado delante, al lado del chofer. Nadie se había tomado la molestia de informarle de que Jaime les acompañaba hasta Orán.

—¿Viene usted con nosotros?

Isabel le dió un abanicazo en la esplendorosa calva.

—Calla tú. ¿Qué te importa?

Y el viejo, encogiéndose de hombros:

—Bien. Bien. Yo no digo nada. Yo no digo nada.

En una hora escasa recorrieron la distancia hasta Orán. El marido, filosóficamente, se prestó a todas las determinaciones de la esposa. El se quedaría en Guillermo Tell, el magnífico restaurante sobre el Mediterráneo.

—Te autorizo a que bebas a tu antojo. Yo me voy con Jaime a dar un paseo por la ciudad. El tren sale a las siete. A las siete menos cuarto iré al Guillermo Tell a recogerte.

—Bien. Yo no digo nada. Yo no digo nada.

Isabel y Jaime descendieron del auto a la entrada de la ciudad y en él siguió el admirable Coneille hasta el lugar de la cita. Los amantes subieron a un taxi y ella dió al chofer la dirección de su amiga.

En efecto, no hubo el menor inconveniente en la realización del plan, según todas las previsio-



*Ella colgada de su brazo*

nes. Raquel Roth les cedió su casa por unas horas, posiblemente complaciéndose en la idea de que su hogar sirviera para una fastuosa orgía de la carne.

Orgía que dejó en Jaime una abrumadora impresión de locura y de infierno. La imaginación erótica de Isabel era algo inconcebible. Quizás no había tenido ocasión de manifestarse con todos sus esplendores en los combates de amor en «El Naranjal», sintiéndose ella, si no preocupada, intranquila al menos por la presencia en la casa de Manubia. Pero ¡en la soledad de la de su amiga y en medio de toda aquella decoración, imaginada expresamente como ambiente apropiado de fiestas galantes!...

Ella era una hermosa mujer. ¡Qué carnes para el placer!... El pecho, las caderas y el vientre, los muslos y las piernas, los brazos... ¡Y la boca, de labios carnosos y suaves en besos y caricias estremecedoras y enervantes! Era un demonio...

Tan deprimido sentíase Jaime que Isabel, al despedirse, le preguntó:

—¿Te he asustado?

—No lo niego. Eres un demonio.

—Este ambiente sensual de las colonias me ha embrujado. Lo reconozco.

El último beso, por parte de Jaime, fué algo desganado y fugitivo. Sentía un deseo ardiente de encontrarse solo, lejos de aquel terrible monstruo de lascivia. Y le embargó asímismo un sentimiento



absolutamente inesperado... Un sentimiento de ternura hacia la pobre esclava de «El Naranjal», la dulce esposa, placentera y normal en el lecho, sin las infernales complicaciones de Isabel, depravada y decadente como la vieja Europa de donde procedía...

Se le ensanchó el pecho de alegría al descender del auto en el portal de su hacienda. Como un chiquillo enamorado subió de tres en tres los peldaños de la escalinata.

—¡Manubia! ¡Manubia!

Nadie respondía. A nadie encontró tampoco en el comedor, ni en las piezas que hubo de recorrer hasta llegar a su despacho.

—¡Manubia! ¡Manubia!

Ya un poco inquieto entró en la alcoba. Estaba a oscuras.

—¡Manubia! ¡Manubia!

En la oscuridad surgió la voz de Fátima...

—Manubia está aquí, mi señor. Yo velo su sueño, su último sueño...

Jaime dió luz y vió a Manubia tendida en el amplio diván del centro, y a sus pies, arrodillada, rendida la cabeza sobre el cuerpo inerte, a la vieja Fátima.

—¿Qué es esto? ¡Pronto! ¡Dime!

La vieja lo explicó con pocas palabras. Se encontraba ella en el jardín cuando vió a Manubia acercarse al estanque. Contempló las aguas un momento y se arrojó a ellas...

—Me di cuenta de su intención desde que la vi acercarse a la orilla... Pero la dejé hacer...

Hablaba con voz firme y serena... Firmeza y serenidad que estremecieron a su oyente.

—¡Vieja loca! Si conociste su intención, ¿por qué no interviniste a tiempo?

Fátima respondió imperturbable:

—¿Para qué? Tenía razón para querer quitarse la vida. ¿Para qué seguir viviendo si su vida eras tú y tú habías dejado de amarla? Hizo bien... Así aman las mujeres de mi raza. Tú no podrás comprendernos nunca, nunca, nunca...




LEA USTED

LA NOVELA FAMOSA

Publicación quincenal

UNA PESETA